

estaríamos lamentando esta triste noticia, que lleva el dolor a familiares y amigos de las víctimas. Vayan por delante mis condolencias a familiares y amigos.

No quiero con esta opinión mía criticar, no es mi intención, y menos en estos momentos de dolor. Lo que pretendo es aportar mi granito de arena y mi larga experiencia de 32 años haciendo montañismo, para que tragedias así no vuelvan a repetirse, que es una pena que personas con tanta vida por delante (40 y 37 años) mueran por no tomar las precauciones necesarias.

Necesitamos concienciarnos de que la montaña, la alta montaña, es un lugar bello, pero también hostil y peligroso. Repito, hoy, la montaña se vende barata, muy barata, con los resultados trágicos de todos conocidos. Goian begoz. Descansen en paz. Y perdón si con esta opinión molesto a algún familiar de las víctimas -ni de lejos es mi intención-.

Estas son las reflexiones de un montañero de a pie, del montón, uno más de tantos, pero que con su larga experiencia pretende concienciar a todos de que ir a la montaña implica sus riesgos, en unos tiempos en los que ésta se ha masificado de tal manera que en verano hay ciertas montañas, y algunas de gran altura, más concurridas que las calles de la parte vieja de Donostia un sábado de poto.

Saludos y mucho cuidado si salís al monte. El valle nos espera, y en él están nuestras familias y amigos, esperándonos. Saludos.

Xabi Mendizabal

EL LADO OSCURO DE LA MONTAÑA

PROBABLEMENTE no resulte sencillo dar una explicación racional del por qué las montañas ejercen y han ejercido, desde la noche de los tiempos y a todo el conjunto de civilizaciones, un especial magnetismo que se ha materializado en actos tan dispares que van desde ritos de adoración hasta competiciones deportivas extremas.

Hoy prácticamente no quedan montañas por ascender. El Mont Blanc, la montaña mítica de la vieja Europa, se ascendió en 1786. Durante la década posterior a la Segunda Guerra Mundial se escalaron la mayoría de las montañas de más de 8.000 metros, para, posteriormente, escalar éstas por las rutas más difíciles.

Para los vascos la ascensión a las montañas siempre se ha abordado con una auténtica pasión y pulsión deportiva, hasta el punto de que el alpinismo vasco, hoy, es una referencia de primer nivel en el panorama alpinístico internacional. Es difícil no encontrar, al pie de cualquiera de las grandes montañas, un grupo de alpinistas vascos que ha hecho de su tiempo de vacaciones un periplo montaño.

Pero también es cierto que, desgraciadamente, con una cierta periodicidad, cada vez más frecuente, la montaña nos muestra su lado oscuro. El lado oscuro de la montaña se manifiesta con total crueldad cuando tenemos conocimiento de un accidente, ya sea éste en una gran montaña del Himalaya o, como hace escasamente unas semanas, en el Pirineo Navarro al pie del monte Anie.

Quienes llevamos muchos años en esto de la montaña, en ocasiones, hemos sufrido el desgarró de perder compañeros de cordada, amigos, conocidos mendizales, o reputados alpinistas. El denominador común a todos ellos es la amarga



pregunta... "¿se podía haber evitado?" En muchos de los casos la respuesta es obvia: ¡¡SÍ!! Lo cual nos traslada a la necesidad de buscar un razonable equilibrio entre la práctica de este bello y magnético deporte, y el asumir el riesgo hasta el límite de lo razonable.

Somos conscientes de que para completar los 14 ochomiles es necesario escalar el Annapurna, y que éste, a pesar de ser un ochomil de los "pequeños", tiene una estadística de accidentes mortales absolutamente aterradora, lo cual, necesariamente, aboca a que la élite alpinística dispuesta a cerrar el bucle de los 14 ochomiles haya de pasar por la "ruleta rusa" de ascender esta montaña.

Pero, no es menos cierto que, periódicamente, asistimos con dolor a la pérdida de montañeros en lugares en los que, supuestamente, el riesgo es mínimo. En principio, no parece coherente que dos personas, jóvenes y en buena forma física, mueran por hipotermia, durante la semana de San Fermín, en el Pirineo Navarro, y, sin embargo, la realidad nos dice lo contrario. Lo cual, necesariamente, nos lleva a incorporar a nuestras decisiones criterios de prevención en los que la climatología sea una variable determinante, junto con otra serie de criterios preventivos que, sin garantizarnos la desaparición del riesgo, sirvan para una reducción del mismo.

Alguien podría pensar: "y, ¿para que están los servicios de emergencias?" Ciertamente en Euskadi contamos con un buen Servicio de Atención a Emergencias, dotado de muy importantes medios técnicos y profesionales, así como con la importante colaboración de organizaciones de voluntarios, entre los que destaca la Federación Vasca de Montaña, que ante una situación de alerta, y de búsqueda o rescate, se vuelcan en la resolución de la misma con una carga de profesionalidad y altruismo innegables. Pero la experiencia, en más de 5.000 casos de búsquedas y rescates, nos dice que, desgraciadamente, en muchos de los casos, los servicios de emergencias únicamente pueden limitarse a constatar lo fatalmente irremediable.

Esto es lo que pasó en el Anie. Participaron unos excelentes servicios de rescate por tierra y por aire, a los que habían ofrecido su colaboración desde el primer momento los equipos de emergencias del Gobierno Vasco. Pero no pudieron encontrar los cuerpos en dos días de temporal y cerrada niebla, porque la tragedia se había consumado en la primera noche.

Es por ello, que los responsables de Emergencias del Gobierno Vasco, trabajando en cercana colaboración con la EMF (Euskadi Mendizale Federazioa), queremos hacer un llamamiento a la prudencia, a abordar la práctica del montañismo desde actitudes responsables. Desde la perspectiva que nos confieren muchos años de práctica de este deporte, no nos queda por menos que constatar que el coste en graves lesiones y en vidas que ha pagado el montañismo vasco ha sido excesivamente alto.

Raúl Fernández de Arroyabe
Montañero federado y Viceconsejero de Interior